

## *Construir puentes entre ventanas.*

### *Un ensayo de literatura comparada en busca de universales transculturales.*

#### *1. Hablar con la lavadora o con las plantas o... con quien sea.*

A poco de adentrarnos en la lectura de “La vecina”, el relato de Ha Seon-nan, nos percatamos de la desbocada necesidad de hablar que siente Yongmi, el personaje principal y la voz de la narración. Una desbocada necesidad de hablar que incluso se atreve a mantener un mono-diálogo con la lavadora:

“Un día me sorprendió mi marido murmurándole cosas a la lavadora. Se puso a mirar el balcón de un lado a otro y, al confirmar que estaba sola, me preguntó qué hacía allí. Me limité a decirle que lavaba la ropa, tal como lo veía en ese momento. Mi marido trabaja en un banco. Un empleado de banco que no podía equivocarse en las cuentas ni siquiera un céntimo, por nada del mundo admitiría esa explicación. Si le decía sinceramente que estaba hablando con la lavadora, pondría en tela de juicio mi salud mental”<sup>1</sup>.

Como observamos, la lógica de su marido, tanto porque se siente inscrito en el orden simbólico de lo masculino, con sus tradiciones y valores, como por el trabajo de banquero que desempeña, no discurre por los mismos cauces que la de Yongmi. Quizá ante el temor a ser incomprendida, a ser (des)calificada de “loca” y, en consecuencia, ser rechazada, marginada o excluida, esta confesión no sería posible en otro espacio ajeno a la literatura, las artes o dentro de la intimidad de la amistad. Esta es una de las razones por las que la literatura amplía nuestra libertad de expresión y conciencia. Es el espacio por antonomasia de la libertad, pues en él, y acaso sólo en él, nos atrevemos a decir y ser lo que probablemente no seamos en otros ámbitos.

Al cabo de los años, Yongmi ha descubierto que no coincide en casi nada con su marido, salvo en la decidida voluntad de no criar de manera consentida a

---

<sup>1</sup>Ha Seong-nan, “La vecina”, incluido en VV.AA., *JI-DO. Antología de la narrativa coreana contemporánea*. Prólogo y selección de Oliverio Coelho, trad. De Kim Un-Kgung, Argentina, Santiago Arcos, 2009, p. 145.

su hijo de seis años. “Es en lo único que coincidimos mi marido y yo”<sup>2</sup>, declara, confesión que leemos con una sonrisa de reconocimiento, pero que a poco que nos detengamos a reflexionar sobre ello se va tiñendo de tristeza y melancolía. Tal vez no haya motivo de humor que en el fondo no se tiña de tristeza y melancolía. Por aquello que por unos momentos reímos podemos a la vez llorar. De este modo el humor, muy presente a lo largo del relato, contribuye a captar la ambigüedad de la vida.

Pues lo que en un principio puede parecer blanco, como es Myung Hui (“iluminación”-“mujer”), la vecina del piso 507, a los ojos de Yongmi, puede transformarse en otros colores, incluido el negro: ¿no consiste en esto el descubrimiento de Yongmi a lo largo de la narración? Es el tema clásico e irresoluble del ser y la apariencia, sobre el que luego volveremos. Y todo, como le dice Myung Hui a Yongmi, por la poderosa ley de la supervivencia, como si fuéramos animales que no hubiéramos salido de la evolución natural: “Ves, hermana mayor, todo se hace para sobrevivir. No hay forma de pasarlo por alto, ¿no te parece?”<sup>3</sup>.

Yongmi, como cualquiera de nosotros, no se siente sola porque no haya cerca suya otras personas: ella comparte el piso donde vive con su marido y su hijo. El sentimiento de soledad no brota por no compartir el espacio vital con otras personas, sino más bien por nuestra capacidad o incapacidad para comprendernos y comunicarnos. Se diría que hay una parte de nuestro ser que no desarrollamos si no somos capaces de comprender y comprendernos, de comunicar y comunicarnos. Pero en el caso de Yongmi esta soledad se debe de manera fundamental a no sentirse suficientemente querida y reconocida. Al contrario, se siente cada vez más incomprendida, menospreciada, cuando no despreciada, sobre todo por su marido, pero poco a poco, además, por su hijo y por la que parecía su amiga, Myung Hui, con la que intentaba mitigar su soledad.

Veamos algunas muestras diseminadas a lo largo del relato:

---

<sup>2</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 147.

<sup>3</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 156.

“Según mi marido, mi cabeza estaba llena de ilusiones vanas y por eso siempre flotaba en el aire sin bajar a la tierra”<sup>4</sup>.

“Mi marido ya no quería mirarme a la cara. ¿Por qué ese hombre no querría verme de frente?”<sup>5</sup>

Yongmi, pues, se siente incomprendida, sola, menospreciada, engañada. Se siente, para emplear el símil que usa ella y que es uno de los recursos estilísticos recurrentes en la narración, “como un bolsillo totalmente al descubierto”<sup>6</sup>. Sin ningún secreto que ocultar, sin ningún encanto, sin ningún poder de seducción. Por eso se siente incapaz de atraer a su marido, fea o, por lo menos, como si no se reconociera a sí misma: “Mi cara reflejada en el espejo convexo de seguridad se veía horriblemente distorsionada”<sup>7</sup>.

Es cierto que ella por naturaleza posee unas cualidades: “Soy de las personas que no puede hacer dos cosas al mismo tiempo (...) En una mano tienes el pañuelo de papel que vas a tirar y en la otra las llaves del coche. Tiras las llaves en el coche y cuando intentas arrancar el motor del coche con el pañuelo te das cuenta de lo que has hecho”<sup>8</sup>. Y, desde luego, como cualquiera de nosotros, utiliza el humor para sobrevivir, para intentar aceptar los cambios y las contingencias con las que se va tejiendo la trágica existencia.

Pero esto no hace sino incrementarse a medida que avanza la acción del relato, de tal manera que Yongmi va perdiendo, a la vez que su identidad, dañada y alienada, la confianza en sí misma, como se aprecia en las siguientes líneas:

“Por las noches no dormía profundamente. Me despertaba a las cuatro de la mañana e iba y venía varias veces a la cocina para verificar si había apagado el gas. Por el ruido que hacía, mi marido se despertaba y me retaba. Al comprobar el gas y acostarme, lo que me preocupaba era si había cerrado la puerta de la entrada. Cuando iba a verla, estaba cerrada.

---

<sup>4</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 146.

<sup>5</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 161.

<sup>6</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 158.

<sup>7</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 163.

<sup>8</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 154.

Como no dormía bien de noche, de día andaba con sueño. El niño pasaba más tiempo con Myung Hui. A veces, las risas de Myung Hui y del niño se metían en mis sueños”<sup>9</sup>.

Este fragmento me parece magistral, al menos desde dos perspectivas: por un lado, por cómo logra reflejar vívidamente las ambivalencias con las que vive Yongmi. El humor con el que se cuenta una situación cada vez más preocupante y angustiada, el humor como tabla de salvación cuando no hay otra salvación en medio de la tragedia que se precipita. “El humor: el rayo divino que descubre el mundo en su ambigüedad moral y al ser humano en su profunda incompetencia para juzgar a los demás; el humor: la embriaguez de la relatividad de las cosas humanas; el extraño placer que proviene de la certeza de que no hay certeza”<sup>10</sup>.

Por otro lado, desde una perspectiva narrativa, obsérvese que la autora se limita, pero con qué poder de síntesis, lirismo y maestría (“las risas de Myung Hui y el niño se metían en mis sueños”), a describir, a mostrar, no a interpretar, papel reservado al lector, que acaso se preguntará: ¿le tenía celos a Myung Hui? ¿Estaba preocupada por cómo su pequeño mundo estaba siendo invadido y apropiado por la vecina? Obsérvese, insisto, que al describir el comportamiento no necesita descalificarlo con adjetivos, como haría quizá cualquier moralista, puesto que se trata de mostrar antes que de juzgar.

El arte de contar está íntimamente vinculado con saber describir y mostrar antes que con juzgar moralmente. “Suspender el juicio moral no es lo inmoral de la narración, es su *moral*. La moral que se opone a la indesarraigable práctica humana de juzgar enseguida, continuamente, y a todo el mundo, de juzgar antes y sin comprender”<sup>11</sup>. Puesto que al suspender el juicio podemos ir más allá en la comprensión de lo que sucede, y de esta manera podemos evitar caer en prejuicios, clichés, lugares comunes y tópicos que tantas veces nos nublan la vista y nos impiden salir de costumbres que carecen de cimiento y juicio.

Mas, volviendo a Yongmi, no es extraño que en esta situación sienta una desbocada ansiedad por hablar: el marido la prejuzga y, al prejuzgarla, casi no le

---

<sup>9</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 155.

<sup>10</sup> Kundera, M., *Los testamentos traicionados*, trad. Beatriz de Moura, Barcelona, Tusquets, 2007, p. 42.

<sup>11</sup> Kundera, M., 2007, *op. cit.*, p. 15. La cursiva pertenece al texto citado.

escucha; el niño cada vez le hace menos caso, y Myung Hui, la vecina del 507, si bien aparece como la amiga que puede ayudarle a salir de esta situación, conforme transcurre la acción del relato se convierte en su enemiga íntima que se va apropiando del pequeño mundo que ella ha ido levantando. Por eso no es tampoco extraño que hable incluso con la vieja lavadora, a la que ha bautizado con su nombre, tal vez por las similitudes que comienzan a tener entre sí.

Y no se trata de un acto de enajenación o locura. Como decía alguien que había penetrado profundamente en la condición humana, “el verdadero vértigo es la ausencia de locura”. Es decir, creer que todo se rige por una lógica y querer aplicarla en todo tiempo sin aceptar los cambios y las contingencias de la vida, vivir sin un mundo imaginario donde sobrellevar y refugiarte de la hostil realidad: es la sin razón de la razón, que cree que todo lo puede. Yongmi “necesitaba, más que nada, alguien con quien hablar”<sup>12</sup>. Y al principio cree encontrar a la vecina del 507, Myung Hui, pero acaba descubriendo que se equivoca, como tal vez se había equivocado al elegir al marido...

Pero, insistimos, Yongmi no está loca, a pesar de que habla con la lavadora. Necesita hablar, y habla, con la lavadora o con quien sea. Precisamente este es otro de los aspectos representados de forma más lograda a lo largo del relato, pues hay guiones que, en contra del uso tradicional, no implican un diálogo entre dos o más personas, sino que a veces forman parte de un monólogo. De ese monólogo que somos, y que nos condena a la soledad con más frecuencia de la deseada, tanto por nuestra incapacidad de salir de nosotros mismos y escuchar a los otros –y no meramente oírles-, como por la, salvo honrosas excepciones, idéntica capacidad de los otros para salir de sí y escuchar.

Créanla, Yongmi no está loca; créanme, sólo necesita encontrar a alguien con quien hablar, y encuentra a la vieja lavadora como hay quien encuentra a un muñeco, a una cruz, a un símbolo, a un perro o a unas plantas, como veremos a continuación por medio del testimonio poético y lúcido de la poeta polaca y Premio Nobel de Literatura de 1996, Wislawa Szymborska, que, al igual que Ha Seong-nan en “La vecina”, nos refleja a todos los seres humanos en nuestro mono-diálogo con nosotros mismos y con nadie.

---

<sup>12</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 150.

## EL SILENCIO DE LAS PLANTAS

La relación unilateral entre vosotras y yo  
no va mal de todo.

Sé lo que es hoja, pétalo, espiga, piña, tallo  
y lo que os pasa a vosotras en abril y en diciembre.

Aunque mi curiosidad no es correspondida,  
me inclino especialmente sobre algunas  
y hacia otras levanto la cabeza.

Tengo nombres para vosotras:  
arce, cardo, narciso, brezo,  
enebro, muérdago, nomeolvides,  
y vosotras no tenéis ninguno para mí.

Hacemos el viaje juntas.  
Y durante los viajes se conversa ¿o no?  
se intercambian opiniones al menos sobre el tiempo  
o sobre las estaciones que pasan volando.

Temas no faltan, porque nos unen muchas cosas.  
La misma estrella nos tiene a su alcance.  
Proyectamos sombras según las mismas leyes.  
Intentamos saber cosas cada una a su manera  
y en lo que no sabemos también hay semejanza.

Lo aclararé como pueda, preguntadme y ya está:  
qué es eso de ver con los ojos,  
para qué me late el corazón  
o por qué mi cuerpo no echa raíces.

Pero cómo contestar a preguntas nunca hechas,  
si además se es alguien  
para vosotras tan nadie.

Musgo, bosque, prados y juncales,  
todo lo que os digo es un monólogo  
y no sois vosotras quienes lo escucháis.

Hablar con vosotras es necesario e imposible.  
Urgente en una vida apresurada  
y está aplazado hasta nunca<sup>13</sup>.

A pesar de la distancia geográfica y cultural entre Ha-Seong-nan y  
Wisława Szymborska, ambas coinciden. Se diría que este mono-diálogo con  
nosotros mismos y con nadie forma parte de la condición humana y, por lo tanto,

---

<sup>13</sup> Szymborska, W., “El silencio de las plantas”, recogido en *Instante*, trad. Gerardo Beltrán, Gerona, Igitur, 2004, pp. 35-37.

no hay que entenderlo, repetimos, como una enajenación mental, un delirio o una locura. Al contrario, si no pudiera hablar y expresarse, ya sea ante una lavadora como ante unas plantas, posiblemente acabaría asfixiándose y su salud mental se vería gravemente degradada hasta el extremo de poder caer en locura.

## 2. *Imaginar lo que desconocemos del otro. El detective que hay en nosotros.*

Desde que la nueva vecina se instala en el piso 507, Yongmi siente una irresistible curiosidad por ella, cosa que por otra parte es natural, pues, ¿quién no siente curiosidad por cómo serán las vidas de los vecinos? Y no sólo por la de los vecinos, sino además por la de muchas otras personas con las que nos cruzamos por la calle a diario. “El ser humano no quiere aislarse. La soledad es contra natura. El ser humano siente curiosidad diurna y nocturna por el ser humano. Los animales apenas se miran o se advierten. Sólo los perros, los humanos y las hormigas demuestran una irresistible curiosidad por su propia especie y se miran, se palpan, se huelen”<sup>14</sup>. Veamos un ejemplo claro de ello:

“¿Quién podía ser la persona que se mudaba sola con todos esos artículos nuevos? (...) ¿Cómo sería la persona que se muda al 507? Si mi marido hubiera estado ahí me habría amonestado. Según él, me sobraba el tiempo, con lo cual alimentaba demasiado mi curiosidad”<sup>15</sup>.

Primero, al ver los artículos con los que se va a amueblar el piso de al lado, no puede dejar de imaginar quién será el que se mude al 507. Los objetos que tenemos no sólo hablan con nosotros, sino que desprenden una imagen de nosotros a través de la cual los otros nos imaginan de forma más o menos idealizada. Pero ni siquiera durante este placer solitario y doméstico Yongmi puede liberarse de la mirada de su marido. La ha interiorizado hasta tal punto que le suscita un leve sentimiento de culpa, como cuando el yo no consigue estar a la altura demandada por el ideal del yo, según el psicoanálisis de Freud.

En efecto, acostumbramos a sentir una casi irresistible curiosidad de saber quién es el otro, qué hace, cómo vive, qué le gusta –y pedimos perdón por

---

<sup>14</sup> Neruda, P., “Me llamo Crusoe...”, reunido en *Para nacer he nacido*, Barcelona, Bruguera, 1980, p. 201.

<sup>15</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, pp. 146-147.

incluir a aquellos discretos santos que no cometen estos pecados-. Aunque, por otra parte, nos sentimos incómodos porque no ignoramos que del mismo modo que hay una curiosidad saludable, como lo es a menudo la curiosidad intelectual, hay otra curiosidad que no es tan saludable, y que encuentra consuelo y alivio en las miserias de los otros.

Sin embargo, como indica Amos Oz, “tal vez no haya que despreciar el chismorreo: es el pariente pobre de la literatura. Es cierto que la literatura normalmente no se digna a saludarlo por la calle, pero no hay que olvidar el parentesco que hay entre ellos, pues es un impulso eterno y universal husmear en los secretos del prójimo”<sup>16</sup>. ¿Dónde está la frontera entre la curiosidad y el chismorreo, cuando ambas son acaso modalidades intelectuales del deseo? Sea como sea, ella confiesa: “Pretendías saber todo sobre esa mujer”<sup>17</sup>. Así averigua su estado, su edad, a qué se dedica y muchas otras cosas.

Sorprendido por la cantidad de información que su mujer ha recogido acerca de la vecina del 507, su marido le pregunta: “¿Qué? ¿Tienes más información sobre la mujer?”<sup>18</sup>. A lo que Yongmi responde: “Yo no soy un detective”<sup>19</sup>. Ciertamente, puede que ella no ejerza como tal, pero de un modo simbólico todos somos detectives, en mayor o menor medida, con más o menos suerte. Puede que no seamos Sherlock Holmes, ni Hercule Poirot, ni Philip Marlowe, ni Sam Spade, ni Jules Maigret, ni el doctor Quirke, pero acaso tengamos algo de cada uno de ellos.

No es necesario que investiguemos y descubramos misteriosos crímenes, sorprendentes asesinatos o extraordinarios casos: nuestras investigaciones y descubrimientos, como los de Yongmi, tal vez se desarrollen en un contexto más cotidiano, pero no por ello están exentos de investigaciones y descubrimientos. En este sentido, sí, todos somos detectives, todos investigamos y descubrimos, en no pocas ocasiones a pesar de nuestros intereses. ¿No es esto lo que le acaba sucediendo a Yongmi? ¿No hubiera sido preferible no haber sentido curiosidad y, en consecuencia, no haberse acercado a la vecina del 507? ¿Pero quién lo podía saber? ¿Quién podía adivinar las consecuencias?

---

<sup>16</sup> Oz, A., *Una historia de amor y oscuridad*, trad. Raquel García Lozano, Barcelona, Siruela, 2008, p. 52.

<sup>17</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 151.

<sup>18</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 151.

<sup>19</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 151.

Yongmi empieza reconociendo su desconocimiento: “¡Claro que no sabía nada acerca de esa mujer!”<sup>20</sup>. Pero necesitada como está de encontrar a alguien con quien hablar, pronto entabla bastante confianza: “Myung Hui y yo realmente parecíamos hermanas. Nos tuteábamos y no había barreras entre nosotros. A veces jugueteábamos como si fuéramos niñas. Ahora yo ya no hablaba con la lavadora o la espátula. Sin embargo, había veces que la notaba muy extraña. En verdad éramos muy diferentes”<sup>21</sup>. Los juicios de Yongmi sobre Myung Hui varían conforme varían sus investigaciones y descubrimientos, así como sus estados de ánimo.

No obstante, en no pocas ocasiones el que toma precauciones y sensatamente suspende el juicio es el marido, como cuando le pregunta a Yongmi: “¿Cómo puedes juzgar sólo con ver el hardware?”. La metáfora, se comprende en seguida, equivale al aspecto físico. La metáfora, proveniente del mundo informático, cada vez más omnipresente en nuestras vidas, se usa al menos tres veces a lo largo del relato. La última vez que se usa, es él quien afirma acerca de Myung Hui algo que no necesita traducción: “No sólo está bien del hardware sino también del software”<sup>22</sup>.

Yongmi, como cualquier detective que investiga, empieza a sospechar, ya que percibe cambios tanto en ella como en su marido. Recuérdese que según sus propias palabras: “las risas de Myung Hui y del niño se metían en mis sueños”. A diferencia de la interpretación del sueño desde el psicoanálisis, donde hay que indagar en el pasado para acaso descubrir el origen de los síntomas del presente, aquí estamos ante un uso del sueño más parecido al de las antiguas tragedias, donde el sueño alumbra el futuro: es el sueño anticipador de lo que está porvenir.

Pero su voluntad de encontrar una amiga, alguien con quien hablar, es superior, de modo que es como si no lo quisiera ver. De ahí que avanzado el relato, cuando el lector presiente la tragedia, como si tuviera una venda en sus ojos, ella pueda declarar: “Myung Hui y nosotros éramos ya como una familia”<sup>23</sup>. Se diría que está escindida entre el deseo de saber y la voluntad de

---

<sup>20</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 150.

<sup>21</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 157.

<sup>22</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 158.

<sup>23</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 159.

encontrar una amiga con la que hablar, pero esto último pesa más que lo primero, por eso no se percata hasta que ya es tarde.

Sin duda hubiera sido más prudente mantener una actitud escéptica, como la de su marido, o como la de ella cuando le replica a su marido: “¿Ya la conoces?”<sup>24</sup>. ¿Cuándo conocemos realmente a alguien? Si nos pasamos la vida intentando conocernos a nosotros mismos y no lo conseguimos, ¿cómo vamos a conocer a los otros?

Como es sabido, en el frontispicio del oráculo de Delfos, Sócrates leyó unas palabras que marcaron el rumbo de su vida: “Conócete a ti mismo”. Dependiendo del grado de conocimiento de nosotros dependerá a su vez el cuidado: de esta manera el conocimiento se entrelaza con la moral. Desde luego, no vamos a renunciar a esta insustituible herencia, pero acaso no estaría mal que al lado de ese frontispicio se leyeran estas otras palabras de Heráclito: “Nunca descubrirás los límites de tu alma, aunque recorras todos los caminos; tan profundo es el *logos* que posee”.

### 3. *Palabras, rituales.*

Hacia el final de la narración observamos a Yongmi recitar las capitales de memoria:

“La capital de Austria es Viena, de Líbano, Beirut, de Lesoto, Maseru, de Siria, Damasco. No sé por qué en esas circunstancias me acordé de las capitales de los países del mundo. No podía detenerme<sup>25</sup>”.

¿A qué se debe este comportamiento? Y, además, no se puede detener. Podemos pensar que al principio fueron las conversaciones con la lavadora, pero poco a poco ha ido degenerándose... ¿Acaso Yongmi ha perdido el juicio? Quien haya comprendido adecuadamente que hablar con la lavadora, como hablar con las plantas, no tiene por qué ser una pérdida del juicio, quizá haya comprendido, asimismo, que recitar las capitales de distintos países tampoco es, en este contexto, un síntoma de haber perdido

---

<sup>24</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 152.

<sup>25</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 166.

el juicio. Más bien es una estrategia para no perderlo después de todo lo que le está sucediendo.

Como el sentido del humor, es un mecanismo de supervivencia que le permite mantenerse más o menos a flote en medio del naufragio al que asiste tras descubrir que Myung Hui, la vecina del 507, le ha estado robando casi todo lo más valioso que *tenía*: empezó por la espátula, pero siguió con su marido, y luego su hijo... de manera que teme perder a su familia. Por eso, cuando Myung Hui “murmuró en voz baja como maldiciéndome”:

“-Estás loca, loca de remate”.

Ella, Yongmmi, no se detiene; al contrario, toma más velocidad: “de Australia, Camberra, de Burundi, Addis Abeba, de Estados Unidos, Maseru, de Austria, Washington, de Japón, Tokyo”<sup>26</sup>. Las incorrecciones no le impiden que surta el debido efecto mágico. Además, por si no fuera suficiente con este conjuro, ella trata de convencerse: “Tengo todavía bien la memoria”. La tendrá bien, advertirá el lector atento, para no percatarse de los errores que comete, para ni siquiera dudar de ello. Pero el lector ha de comprender en esa situación donde su mundo ha sido invadido por la vecina del 507 que lo que ella necesita, ahora que ya tampoco confía en ser escuchada, es hablar.

Hablar para no perder el juicio, hablar para no perder la razón, hablar para sentirse menos insegura en medio de ese naufragio. Del mismo modo que comparamos a Yongmi cuando hablaba con la lavadora, mono-diálogo tan imposible como necesario, con alguien que hablaba con las plantas, alguien con quien al fin y al cabo nos reconocemos como humanos, ahora vamos a compararla con el comportamiento de otros personas, a fin de poner de manifiesto dos cosas: 1) que recitar capitales en una situación desesperada como la suya es una estrategia similar a la de quien reza o recita versos; 2) que, por lo tanto, su comportamiento no es anómalo, por mucho que a más normas tengamos la sensación de que hay más anormales.

Es sabido que antropólogos y psiquiatras hablan de “pensamiento mágico” para referirse a una actitud mental que nos hace sentirnos convencidos o esperanzados de que tenemos poderes para influir en el curso de los acontecimientos. La periodista y

---

<sup>26</sup> Ha Seong-nan, 2009, *op. cit.*, p. 166.

escritora Joan Didion, que vivió una situación similar, pero aún más terrible si cabe cuando perdió a su marido, el escritor John. G. Dunne, y a su hija Quintana, describió de forma tan reconocible como memorable estas vivencias. Por eso recurría a las palabras y a la poesía a modo de conjuro o ritual, pues “el propio ritual es una forma de fe”<sup>27</sup>: “La poesía ha sido siempre fundamental para mí, desde que era niña, y lo sigue siendo. La poesía me ha acompañado y consolado en todo momento. En mi cabeza escucho constantemente retazos de poemas”<sup>28</sup>.

¿Será solo una coincidencia más o menos fortuita entre dos mujeres, eso sí, separadas por miles de kilómetros de distancia y cultura? No lo creemos. Escuchemos otro testimonio, esta vez de un europeo: “En 2001, mi madre agonizaba en el hospital. Yo veía que se moría y no pude soportarlo. Me largué. Cuando regresé al cabo de un rato, su cuerpo todavía no se había enfriado. Me dije que tenía que rezar y de pronto me vino a la memoria un poema de Francois Villon, *La balada del ahorcado*. Y empecé a recitar sus primeros versos: “Hermanos hombres que después de nosotros vivís”. Ésa fue mi oración”<sup>29</sup>.

Después de estos testimonios, parece más cierto lo que señalaba Harold Bloom: “Conozco a muchas personas que andan por la vida recitándose poemas con la convicción de que poseer un poema y ser poseídas por él las ayuda a vivir”<sup>30</sup>. Y no se trata de un fenómeno exclusivo de letraheridos y escritores. ¿Acaso hemos olvidado uno de los rituales que se repetía Nelson Mandela durante sus largos años de cárcel? En efecto, Mandela se recitaba para sobrevivir en la cárcel el poema de Willian Ernest Henley, “Invictus”, cuyos últimos versos dicen así: “I am the master of my fate: / I am the captain of my soul” (“Soy el dueño de mi destino / soy el capitán de mi alma”).

Por tanto, cuando escucho a Yongmi recitar de memoria las capitales de los países, aunque sea de mala memoria, no pienso que haya perdido el juicio ni que esté haciendo nada anómalo. Simplemente imagino que se dice a sí misma algo similar a lo que se decía Mandela: “I am the master of my late: / I am the captain of my soul”, como si las palabras tuvieran el poder de hacernos creer en nuestro sueños, como si las palabras fueran rituales que se pudieran hacer reales.

---

<sup>27</sup> J. Didion, *El año del pensamiento mágico*, trad. Olivia de Miguel, Barcelona, Círculo de Lectores, 2006, p. 42.

<sup>28</sup> Entrevista a Joan Didion en *El País, Babelia*, 2 de septiembre de 2006, p. 8.

<sup>29</sup> Entrevista a Pierre Michon, *El País, Babelia*, 22 de agosto de 2009, p. 5.

<sup>30</sup> H. Bloom, *Cómo leer y por qué*, trad. Marcelo Cohen, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 147.

4) *Para ir concluyendo: construir puentes entre ventanas.*

Nos preguntamos si todo lo anterior no son conclusiones, provisionales y cambiantes, sí, pero, ¿podrían ser de otro modo? El 31 de agosto de 1827, J. W. Goethe, ante la insatisfacción que experimentaba al hablar de “literatura nacional”, en conversación con su secretario, J. P. Eckermann, acuñó el concepto “Weltliteratur”, que se ha traducido como “literatura universal” o, si se prefiere, “literatura mundial”. Goethe debió de ser uno de los primeros en observar el advenimiento de unas literaturas que traspasaban las fronteras nacionales, o, por lo menos, el primero en formular un movimiento que no ha hecho sino extenderse con el tiempo.

“Jamás he lanzado una mirada ni dado un paso en el extranjero –escribía Goethe en una carta- sin la intención de conocer en sus formas más diversas lo universalmente humano, que está extendido y repartido por toda la tierra, y a continuación reencontrarlo en mi patria, reconocerlo y fomentarlo”<sup>31</sup>.

En efecto, “el conocimiento de lo ajeno sirve para el enriquecimiento propio: en este campo, dar es recibir”<sup>32</sup>. Se trata, pues, de descubrir en lo otro el sí mismo y en sí mismo descubrir lo otro en un viaje de ida y vuelta sin fin. Pues “el conocimiento de los otros es un movimiento de ida y vuelta; quien se contenta con sumergirse en una cultura extranjera se queda a medio camino”, ya que hay que conocer las diferencias y las similitudes entre los seres humanos, “no para encerrarse en la afirmación de la incomunicabilidad, sino para esclarecer al hombre genérico”<sup>33</sup> y luego, si se quiere, al ser humano de carne y hueso.

El concepto de Weltliteratur no es solo un inteligente concepto que supo leer el porvenir. Hablamos de literatura universal no solo porque hay cada vez más obras que son inconcebibles sin el concurso de otras que no pertenecen ni al mismo país ni a la misma cultura. Shakespeare, quizá el más universal de los autores modernos, y cuya obra fue decisiva para Goethe, es inconcebible sin Séneca, sin Maquiavelo, sin Montaigne... De modo que desde un punto de vista fáctico el concepto de Weltliteratur posee ya su fundamento. Pero el viaje, insistimos, no termina ahí: las buenas obras saben interpelarnos por encima del tiempo y por debajo de la cultura,

---

<sup>31</sup> Citado por T. Todorov en “El cruzamiento entre culturas”, reunido en *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, trad. Antonio Desmonts, Madrid, Júcar, 1988, p. 25.

<sup>32</sup> T. Todorov, 1988, *op. cit.*, p. 25.

<sup>33</sup> T. Todorov, 1988, *op. cit.*, p. 30.

de manera que gracias a su recepción se van universalizando, que es una paradójica forma de revelar cuánto de común hay en lo diferente.

Con el título “Construir puentes entre ventanas” queríamos recuperar la ventana como metáfora, como perspectiva a través de la cual se organiza la realidad percibida y comprendida por una cultura, pongamos la Oriental o la Occidental (donde sale y donde se pone la luz), a pesar de que Oriente –y no solo Oriente, que es inconcebible, sino Korea, y no solo Korea, sino cualquiera de sus ciudades, compuestas de multitud de individuos- es más vasto y diverso de lo que podemos imaginar. De lo que se trata, por tanto, es de construir por medio de la literatura y el arte puentes entre esas ventanas a través de las que nos asomamos al mundo para percatarnos de que, a pesar de las diferencias históricas y culturales, tan inevitables como irreductibles, hay aspectos en común que nos unen.

Una experiencia común al leer literatura de autores nacidos en otros países – como Ha Seong-nan- es que no estamos tan lejos. Al contrario, y sin pretender frivolar u olvidar las diferencias culturales, leyendo literatura como esta pensamos: “Ah, pero si eso es lo que me pasa a mí”. Leer, como decía C. S. Lewis, es comprobar que no estamos solos en el mundo. Una experiencia donde el otro, ya sea un personaje, el narrador o tal vez el autor, sale a nuestro encuentro y nos tiende su mano: por eso es una experiencia solitaria y solidaria.

De esta forma se disuelven las fronteras entre el “yo” y el “tú”, entre el “nosotros” y el “ellos”; fronteras y barreras que con frecuencia nos separan, marginando y excluyendo, cuando a veces son solo fronteras imaginarias que hemos creado artificialmente. Por otra parte, aprendemos a ampliar las referencias, aprendemos que el “ellos” solo sirve para abrir una distancia, en ocasiones insalvable, aprendemos que entre el “yo” y el “tú”, está el “nosotros”. Puede que así algún día llegemos a reconocer justamente que “todos somos nosotros”.